

Planificación, ¿por qué no?



José Félix Tezanos
Director de *Temas*



sibilidades del mercado, enriquecidas –se decía– con el impulso positivo del Estado en determinados aspectos, y orientadas por los planes en la fijación de objetivos valiosos o necesarios para la sociedad y los ciudadanos. Así, frente a ciertos esquemas rígidos de planificación se postulaban modelos de planificación indicativa –al menos–, e incluso en la España franquista-opusdeísta de la época se pusieron en marcha unos curiosos Planes de Desarrollo Económico (a los que luego se añadió la co-

Los ciudadanos están asistiendo, con cierta curiosidad, a la recuperación de conceptos y enfoques políticos y económicos que habían sido tirados alegremente por la borda durante el largo carnaval neoliberal. Nuevamente se habla del papel del Estado, de los incentivos económicos, de las regulaciones financieras, e incluso lo más osados plantean como algo plausible –y en algunos casos real– la nacionalización de los bancos. ¿Quién se lo podía imaginar hace sólo uno o dos años?

Agazapados

Sin embargo, en este contexto de recuperaciones conceptuales llama la atención que apenas se hable de planificación. Cuando yo era estudiante, el concepto de planificación se consideraba como una de las herramientas fundamentales de la política económica y casi nadie se imaginaba que la dinámica de los asuntos económicos y sociales pudiera quedar al buen *tum-tum* de las fuerzas ciegas del mercado. Desde luego, en aquellos años era frecuente escuchar críticas muy duras a las irrationalidades y disfunciones del modelo centralizado de planificación soviética y la mayoría se decantaba por fórmulas mixtas, a través de las que se pudieran optimizar las po-

letilla “y Social”, para prevenir determinadas críticas).

El ambiente intelectual y político de la época se encontraba dominado por la convicción de que los planes económicos tenían virtudes positivas que no debían ser desaprovechadas. Los países centrales de Europa habían levantado cabeza gracias al apoyo del famoso “Plan Marshall”, al tiempo que importantes agencias norteamericanas planificaban la carrera espacial y otros programas menos publicitados.

El gran anatema

Pero en poco tiempo todo lo que no fuera mercado puro y duro y simple desregulación quedó sometido al más absoluto de los anatemas, y en los últimos años ni siquiera los más audaces se han atrevido a reclamar una razonable planificación económica. Y, aun hoy en día, son bastantes los que todavía miran hacia un lado y otro para ver quién se atreve a lanzar las primeras piedras en esta dirección. Y así nos ha ido y nos continuará yendo si no se reacciona ante una crisis como la actual de la manera en la que es necesario.

Sin entrar aquí en detalles de fondo, lo primero que habría que subrayar es que la anatemización de la idea

de planificación económica ha sido una auténtica farsa. De hecho, durante todos los años de carnaval neoliberal los grandes poderes económicos y empresariales han planificado todo lo que han necesitado, e incluso algunos Estados han operado con criterios planificados en los aspectos que más les interesaban. El desarrollo y funcionamiento de grandes empresas multinacionales, el lanzamiento de nuevas tecnologías y productos y la explotación de recursos naturales requiere de planificaciones muy meticulosas. Y así se ha hecho. Los que no han planificado en la forma debida han sido los Estados, renunciando a competencias, desguarneciendo intereses y desatendiendo necesidades de protección en una forma que ahora empieza a pasar factura.

¿Planificar para qué?

Los planes económicos son instrumentos de actuación y coordinación que permiten —en diverso grado y amplitud— cubrir objetivos valiosos para la sociedad y para las personas que de otra manera no quedarían bien garantizados, como se está viendo. De ahí la necesidad de recuperar la cultura de la planificación y emprender las reformas políticas y de procedimiento que ello requiere.

Para salir de la crisis en mejores condiciones y para garantizar el cumplimiento de determinados objetivos sociales y económicos son necesarios planes de actuación económica a varios años.

En primer lugar, hay que entender que, ante la magnitud de las cuestiones que nos conciernen y de la propia complejidad de la economía actual y de algunas inversiones públicas que tendrían que realizarse, habría que pensar en planes plurianuales, superando el obsoleto corsé actual de presupuestos anuales (¿por qué anuales?), con todos los desfases, vacaciones, retrasos e inercialismos burocráticos que luego acaban reduciendo los ejercicios prácticamente a nueve o diez meses. ¡Lo cual es un verdadero disparate funcional que no debe mantenerse!

En particular, existen varios aspectos importantes de la actividad económica que requieren un enfoque planificado a varios años: por ejemplo, el impulso de la transición energética, que tendrá que ser objeto de los debidos cálculos, periodificaciones y estímulos, con los correspondientes apoyos a las capacidades tecnológicas

españolas en este campo. Igual podría decirse de las inversiones en infraestructuras de transporte y electricidad, que deberían acompañarse en mayor grado, con mayor agilidad en las contrataciones, rapidez en las ejecuciones y, sobre todo, puntualidad en los pagos, evitando demoras innecesarias que acarreen sobrecargas financieras y, a veces, incluso dificultades para las empresas con los Bancos. Es decir, también habría que planificar una mayor eficacia de la Administración.

En lo que al empleo se refiere, es obvio que estamos pagando los costes de varios años de improvisación y de alegrías y que cualquier país serio debe tener previsiones y programas específicos de empleo que no se dejen contaminar por las apetencias de unos pocos empleadores que prefieren tener a su disposición un enorme "ejército laboral de reserva" del que poder "tirar" en las condiciones laborales y de salarios más ventajosas para ellos

Sin agotar el tema, hay un asunto en el que la ausencia de una debida planificación ha resultado desastrosa. Me refiero, obviamente, a la planificación urbanística. No se trata sólo de la sobre-oferta a la que se ha llegado, sino a la propia forma de producirse, con notables costes medioambientales y de corrupción política en los ámbitos donde se pueden tomar decisiones de consecuencias enormemente lucrativas. Por eso, a todos aquellos que nos dicen, una y otra vez, que las cosas están mal y que ya lo habían dicho ellos, habría que pedirles menos tremendismo negativo y más ideas y alternativas concretas. Posiblemente una de ellas es establecer una planificación

urbanística más coordinada, desde las Administraciones centrales, con participación de todos, pero con suficientes garantías de que se vela por el interés general y de que la lógica de la corrupción va a encontrarse sometida a mecanismos supraterritoriales donde será más difícil que pueda ejercerse el influjo corruptor de la codicia destructora (destructora de entornos naturales, pero también de personas e instituciones).

La planificación económica, por lo tanto, no sólo nos puede servir ahora por razones de eficacia y de garantía en el cumplimiento de determinados objetivos, sino también por exigencias de salud pública. Y eso no es una broma en circunstancias de crisis económica, en las que los líderes políticos y los partidos no pueden permitirse el lujo de que los ciudadanos dejen de creer en ellos y en la limpieza y honestidad de las instituciones. **TEMAS**